

# MISERIA Y GRANDEZA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA 1939-1985 GREGORIO MORÁN

## CRISIS HERNÁNDEZ-CASTRO:

La crisis Hernández-Castro fue una tormenta en un vaso de agua, casi un problema doméstico, sin connotaciones políticas, fuera de los aspectos personales: si siempre en la discusión política hay parte de sentimiento y personalismo, en este caso fue sólo sentimiento y personalismo sobre un fondo de política. Es patética la explicación de Castro narrando a sus acusadores algunas de las bases de sus contactos con Hernández: Jesús le daba azúcar que no había más que para los líderes del primer nivel, y mantequilla para el chico (su hijo) que estaba subalimentado. La misma Dolores no tiene pudor alguno en confesar sus relaciones con Antón, primera y única vez que lo hará en una reunión de partido, si yo he tenido relaciones con Antón, las he tenido de una manera normal, como hacen los comunistas. Parecían charlas de confesionario.

Así de sencillo y de sórdido fue todo. Tras una reunión informativa con los españoles de la Academia Frunze y otra del CC en junio de 1944, el asunto Hernández-Castro, emparejados y amontonados ya de por vida y para la posteridad, quedó sentenciado al mismo nivel de la discusión, es decir, ínfimo. En palabras del principal conductor y brillante fiscal del proceso, Ignacio Gallego, el caso Hernández se reducía a la historia de un corruptor, que durante su estancia en la URSS, había convertido su casa en un cafetín rico donde la gente encontraba de todo: café, coñac, cigarrillos ingleses. El supuesto delito de Hernández parecía estar en el dispendio, en no guardarlo para su uso personal, como hacían otros dirigentes, mientras, según Gallego, el pueblo soviético sufría las dificultades de la guerra. Nadie le hizo notar que los hechos se referían a la penuria soviética anterior a la invasión nazi, pero metido en su papel de fiscal no dejaba ningún resquicio a la duda: vosotros sabéis que hay problemas en principio justos, pero que desde el punto de vista de su solución inmediata presenta dificultades. Esta versión sofisticada de Gallego justificaba el corolario definitorio de Hernández; el asunto se reducía a un hombre inclinado a vivir en la degeneración y en la orgía (sic).

Si en México Hernández fue aislado sin mayores dificultades y el partido asimiló el “hernandismo” como una figura más de las malas artes del enemigo y de la corrupción capitalista, en Moscú las sesiones del proceso político a Castro Delgado, fueron convirtiendo la organización en algo parecido a una balsa de aceite dispuesta a decir “amén, Jesús” cuantas veces fuera necesario; los tiempos no permitían ni la más ligera duda. Algunos de los antiguos opositores a Pasionaria y su grupo —Líster, Modesto y Cordón— habían sido ascendidos en el estricto escalafón soviético y otros como Segis Álvarez entraron en el ostracismo crónico. Ignacio Gallego surgió como discreta estrella y no abandonará este papel, jugando siempre entre luces y sombras, hasta muchos años más tarde. El partido se anegó de disciplina y fe ciega, y la figura de Dolores se convirtió en inmarcesible. Ella misma resumió con una frase, a modo de reconvención y advertencia, la crisis de Hernández-Castro; la enunció ante los miembros del Comité Central reunidos en Moscú el 29 de junio de 1944: Una oveja sarnosa contagia al rebaño.

La expulsión de Hernández y su secuela moscovita (Castro Delgado) no tuvo en su momento trascendencia política; la cuestión política estaba al fondo, en algunos detalles, pero el conjunto se inclinaba más hacia problemas domésticos. Apenas si se referían al año 1944, aunque se viviera el impulso triunfalista de la victoria soviética en todos los frentes.

Las consecuencias políticas para los protagonistas de la crisis, Hernández y Castro, fueron escasas, no así las personales pues ambos expulsados sufrieron durísimas situaciones en el terreno privado. Castro Delgado, después de dificultades, maniobras y gestiones interminables, consiguió abandonar la URSS gracias a los soviéticos, y con la oposición del PC español. Pasionaria puso en juego todas sus influencias para intentar impedirle abandonar la Unión Soviética. El 8 de junio de 1944 escribe al mismísimo Dimitrov una carta personal en la que le dice: Sabemos que Enrique Castro ha recibido el visado del gobierno mexicano para salir de la URSS a México, él, su mujer y su cuñado... Mi opinión es que Castro no debe salir de la Unión Soviética y deseo que usted me aconseje qué debo hacer para impedirlo... No debió fiarse mucho de su éxito pues dos días más tarde envía otra carta a un tal Dekanosov en la que vuelve a insistir: Es posible que a usted se dirija en demanda de visado para salir de la Unión Soviética el emigrado político español Enrique Castro... Mi opinión es que Enrique Castro no debe salir de la Unión Soviética porque estoy convencida de que, lejos de rectificar, ha de seguir luchando contra el partido y contra nuestra causa común, cosa que en la Unión Soviética no podrá seguir realizando... El destino de Enrique hubiera sido fácilmente previsible, pero los soviéticos desoyeron las presiones de Dolores.

Llegó a México en 1945, acompañado de su esposa Esperanza Abascal, momento en el que reniega de su etapa comunista. Escribirá años más tarde dos libros de recuerdos militantes teñidos de resentimiento —Mi fe se perdió en Moscú (1950) y Hombres made in Moscú (1960) — ambos publicados en México y de escaso interés histórico, escritos más con el hígado que con la cabeza. En septiembre de 1963 volverá a la España de Franco, gracias a las gestiones de Fernandez Figueroa, director de la revista índice, cerca del ministro de información Manuel Fraga Iribarne. No cumplirá dos años en su patria, el 2 de enero de 1965 morirá, en un chalet de las afueras de Madrid rodeado de los catorce perros que su esposa había ido recogiendo de aquí y de allá. De la soledad, la incompreensión y el aislamiento que sufrió lo dice todo la dedicatoria de uno de sus libros: “A Lobo (un perro), único gran amigo de mis años viejos.”

Hernández, por su parte, también escribió un libro de recuerdos - Yo fui ministro de Stalin (1952) - que no le evitará el olvido y las dificultades económicas; primero se dedicó a la venta de automóviles usados, luego a las placas para taxis y por fin, instaló una tienda de café en un mercado de la capital mexicana. En eso quedó aquel hombre a quien sus detractores consideraban inclinado hacia “la degeneración y la orgía”. Murió en 1971, como un exiliado más que había engranado en la vida mexicana; dedicado a modestos negocios, a tertulias de poco fuste y casado ya con una azteca. Ambos, Hernández y Castro, intentaron infructuosamente instalarse en la vida política después de su expulsión.

Esperaron hasta 1946. En septiembre de ese año aparece en México el número uno de la revista Horizontes que lleva el subtítulo indicativo: “Revista española de Orientación y de Polémica Política”. Los primeros números los dirigirá Enrique Castro, pero a partir del 7 (junio de 1947) las divergencias personales y políticas llevarán a Castro a separarse de su compañero y Horizontes se convertirá en unas hojas mal impresas, que Hernández intenta orientar denominándolo “órgano central del movimiento comunista de oposición”, de nula influencia y errática orientación política: en 1947 aprueba la política exterior de la URSS en los países del Este de Europa. Castro Delgado, cada vez más distante del movimiento comunista e incluso del marxismo, lanzó primero una publicación titulada “Democracia” y posteriormente “El Español” que editaba él solo y que enviaba por correo. Hernández será utilizado como portaestandarte del denominado “titismo” a finales de los años 40 y constituirá en Yugoslavia un fantasmagórico Partido Comunista Español Independiente (1953), en el que colaboró otro veterano miembro del Buró Político, Martínez Cartón.

Todas éstas fueron actividades circunstanciales que tenían el mismo valor político que una tertulia o redactar un panfleto. La realidad es que ambos, después de la crisis de 1944, desaparecieron

aunque intentaran sobrevivir a la vorágine de la calumnia y el olvido. Sus tentativas posteriores al 44 demuestran la falta de savia política y su fragilidad personal. Su historia se magnificó gracias a la cruzada anticomunista de la guerra fría y a la instrumentalización que de ellos hizo el régimen de Franco. Esto desdibujó sus figuras, que hoy debemos enmarcar dentro de la crisis de identidad, ideológica y vital, de una generación de españoles cargados de fe que llegó a la URSS tras la derrota republicana, en pleno furor estaliniano. Sus previsiones y sus esperanzas se vieron defraudadas; algunos desaparecieron, muchos sobrevivieron en silencio y algunos pudieron escapar y cambiaron de bando. Fue, insisto, una crisis doméstica anterior a la guerra fría, resucitó esa misma guerra fría.